

DECLARACIÓN
COMITÉ EJECUTIVO CLATE
TELECONFERENCIA - 27 Y 28 DE MAYO DE 2021

Por segundo año consecutivo, el Comité Ejecutivo de la CLATE se reúne a distancia para analizar la coyuntura que atraviesan los trabajadores y las trabajadoras estatales de nuestra América Latina y el Caribe. Lo hace, como siempre, en pos de pensar la estrategia necesaria para sus organizaciones miembro, en su camino de construcción del bien común.

Decir "reunidos a distancia" es mucho más que un oxímoron posibilitado por la tecnología. Es la expresión que pone de relieve la realidad que desde hace un año y medio vivimos a raíz de la peor pandemia que atravesó la humanidad en los últimos cien años. Una pandemia que nos obliga a aislarnos para frenar los contagios, pero que nos exige unirnos en los esfuerzos para enfrentarla. El Covid-19 nos ha puesto contra las cuerdas y ha agudizado aun más la debacle civilizatoria en la que estamos inmersos.

A esta altura, podemos hablar de debacle civilizatoria porque hablar de crisis sería hacer referencia a un momento perturbador transitorio que sacude una normalidad previa, un proceso estable anterior. Y si bien en materia sanitaria la pandemia ha provocado una crisis inédita y sostenida, en materia económica, política y social sólo ha profundizado un devenir en el que ya nos encontrábamos inmersos desde hace décadas. Aquí es donde debemos focalizar nuestro análisis, porque la pandemia ha sumergido al mundo y a la región en una de sus peores pesadillas.

En el marco de una ofensiva del capital contra el trabajo, de larga data, la pandemia de COVID-19 empeoró las condiciones de vida en todo el mundo. Uno de los cambios principales que aparece esta ofensiva del capital, profundizada por la pandemia, es la búsqueda de nuevas formas de acumulación que implican aumento de la explotación de los trabajadores y el empobrecimiento de los pasivos. Las reducciones salariales son parte del programa de ajuste de gobiernos que busca generar mayores niveles de ganancia para el capital a costa de la rebaja de ingresos de los trabajadores.

Las reformas estructurales de los sistemas de Seguridad Social que impulsa el neoliberalismo se basan en una ecuación muy simple: trabajar más años y aportar más, para cobrar menos años y recibir menos. Para ello se impulsan medidas tales como: aumentar la edad de retiro, bajar la tasa de remplazo, reducir el salario básico jubilatorio, reducir los sistemas solidarios de reparto intergeneracional y fortalecer los sistemas basados en el ahorro individual.

La pandemia ha demostrado en todo el mundo y en nuestro continente en particular que uno de los sectores más débiles del sistema económico vigente son los adultos mayores, quienes han muerto y mueren por decenas en las salas hospitalarias, o directamente en sus



domicilios o casas de retiro, y que los sistemas de salud no han podido dar respuesta a tantos casos positivos en tan corto lapso de tiempo.

Año tras año, las y los trabajadores pasivos, jubilados y pensionados ven que su situación económica desmejora mientras que sus necesidades de salud se incrementan con el paso del tiempo y las necesidades de supervivencia se hacen imposibles de solventar con los magros ingresos que reciben.

Y no debemos olvidar tampoco que el proceso geopolítico y geoambiental sigue entrampado en la lucha por el poder a nivel mundial con un enfoque claramente guerrista que continúa aún en estos tiempos de pandemia. El intervencionismo de las grandes potencias sigue vergonzosamente vigente, y sólo basta ver el ejemplo de lo que está sucediendo en Palestina con la avanzada de Israel sobre su territorio.

Pero las acciones emprendidas para enfrentar esta ofensiva nos señalan un camino a seguir, una orientación a profundizar.

Tal como advertíamos en nuestra anterior Declaración, la pandemia ha exacerbado las desigualdades y vulnerabilidades al interior de nuestras sociedades al tiempo que profundizado la polarización excluyente del orden capitalista globalizado entre los países centrales y la periferia, demostrando palmariamente la debilidad del orden mundial existente. Asimismo, ha vuelto a alertar a la humanidad sobre el desastre ambiental al que nos conduce el tipo de orientación productiva y tecnológica del capitalismo actual con su lógica de consumismo exacerbado y extractivismo depredador.

Cuando hablamos de la debilidad del orden mundial existente, particularmente hacemos referencia a que no ha habido ninguna instancia internacional que haya podido ponerle límites a los laboratorios, garantizando de tal forma que las vacunas disponibles puedan transformarse en bienes comunes, suspendiendo la vigencia de la patentes y maximizando la escala de producción para poder abastecer a las diferentes regiones del mundo.

Nunca fue tan claro que es imperiosa la necesidad de torcer el rumbo de la historia y organizar de otro modo la vida en común. Por otra parte, la pandemia ha puesto en el centro del debate el rol del Estado como expresión y garante del interés público demostrando asimismo que se la debe enfrentar priorizando la organización colectiva de la sociedad.

Quienes confiamos en la centralidad del rol del Estado como entidad capaz de arbitrar en la puja de intereses y garantizar la justicia social, encontramos en la realidad de los tiempos que corren una evidencia a favor de esta mirada. Por el contrario, los defensores del Estado mínimo y del libre actuar de los mercados, ven caer uno tras otro sus argumentos ante el devenir de los hechos.

Una economía hundida, endeudada y con niveles inéditos de pobreza

Según la Comisión Económica para América Latina y El Caribe (CEPAL), la caída del PBI en los países de nuestra región en 2020 fue del 7,1% y el nivel de actividad prepandemia no se alcanzaría hasta 2023. Pero ya en la prepandemia nuestra región exhibía indicadores



alarmantes en términos económicos y sociales. Dos de ellos, luego de un año y medio de crisis sanitaria, lejos de retroceder han avanzado hasta estallar: el endeudamiento externo y la pobreza.

La deuda externa promedio en la región alcanza el 56,3% de PIB, con picos del 104,5% en Argentina y del 89,3% en Brasil y superiores al 140% y 130% en algunas naciones caribeñas. Si bien este es un problema que no se limita a nuestra región, sino que afecta también a las economías avanzadas (que alcanzan niveles de endeudamiento promedio en relación al PIB del orden del 120%), en América Latina y el Caribe afectan de manera más dramática. La deuda pública de nuestros países es resultado del saqueo y la fuga de capitales, y no ha dejado inversiones capaces de impulsar un desarrollo orientado a la salida de la crisis.

Según la CEPAL, debido a la fuerte recesión económica en la región, hacia fines de 2020 la tasa de pobreza estimada alcanzó un 33,7% y la de pobreza extrema 12,5%. Es decir que 4 de cada 10 personas son pobres. Estamos hablando de 209 millones de seres humanos en la pobreza y 78 millones en situación de pobreza extrema.

El vergonzoso récord de ser la región con más muertos por Covid-19

A mediados mayo de 2021 cerca de 3,4 millones de personas habían fallecido en el mundo a causa del Covid-19. De esas muertes, en gran medida evitables, casi 1.600.000 se produjeron en el continente americano. Esto lo sitúa como la región con más fallecidos, por delante de Europa, Asia, África y Oceanía respectivamente. De esa cifra, dos tercios de los fallecidos pertenecen a países de América Latina y el Caribe, mientras que el tercio restante a Estados Unidos y Canadá.

Resulta paradójico que entre países con cifras récord de fallecidos estén los Estados Unidos, una de las naciones más desarrolladas del planeta. Pero esto encuentra su explicación si se analiza el sistema de salud privatizado y altamente costoso que la gran potencia ofrece a su población. En nuestra región, y con la honrosa excepción de Cuba, las décadas de abandono y privatización de los sistemas de salud explican en gran medida el impacto de la pandemia.

Esto demuestra una vez más que "capitalismo con rostro humano" no existe. La concentración de la riqueza, que hoy se expresa también en la concentración de las vacunas, nos deja en claro que el capitalismo ha entrado en una fase que pone en riesgo la reproducción de la vida.

Los y las estatales sabemos de ello dado que nuestras compañeras y compañeros han estado, y están aun cada día, en la primera línea de combate contra el virus. Se calcula que más de 7.000 trabajadoras y trabajadores de la salud han fallecido a nivel mundial. Según datos de septiembre de 2020 de la Organización Panamericana de la Salud (OPS), en el continente americano se habían contagiado 570.000 trabajadores de la salud y fallecido 2.500.



Caer en el abismo o dar un salto adelante

Los momentos más difíciles suelen ser también los que iluminan los caminos de salida. Es cuando se ve con mayor nitidez qué opciones llevan a profundizar el error y cuales representan verdaderas alternativas. Esto nos debe llevar a la reflexión sobre el tipo de Estado al que queremos llegar: el Estado es concebido como un conjunto de instituciones que, interviniendo en el campo de la economía, la política o la ideología, definen el modo en el que se organiza y reproduce una sociedad. Esto quiere decir que el Estado, puede adoptar muchas formas dependiendo del conjunto de relaciones de fuerza existentes en la sociedad.

La dimensión de "lo público" adquiere una relevancia de gran magnitud, como algo que va más allá de "lo estatal" dado que implica la participación del conjunto de los actores sociales. El Estado es un actor importante en lo público pero está lejos de ser el único. Como trabajadores del Estado encontramos un desafío en profundizar la participación del conjunto de la comunidad para poder ocupar y habitar el Estado con un criterio de profundización democrática.

Ya no se trata de volver a un Estado anterior, dado que éste se encuentra cooptado por los intereses del mercado, sino de un modelo de Estado acorde a los objetivos de los sectores populares que luchan por su independencia, capaz de regular el comportamiento de los sectores económicos más concentrados, que por su posición dominante en mercados oligopólicos y a través de los precios de los productos y servicios privatizados que brindan, pueden capturar el beneficio de la tenue recuperación económica que puede verse en nuestros países.

Es necesario un Estado fuerte que controle la evasión previsional, los contratos basura, el trabajo precario y el trabajo no registrado porque todas estas son las causas que luego en el futuro generan que las arcas previsionales estén vacías, sean escasas o directamente inexistentes para atender a los trabajadores retirados de la vida activa.

El desafío para construir otro tipo de Estado radica en la ampliación, destinada a profundizar mejores condiciones democráticas que organicen de otro modo la vida en comunidad, de manera que la sociedad en su conjunto pueda decidir sobre sus condiciones de vida y la reproducción de las mismas.

Si bien es correcto decir que la pandemia hundió nuestras economías, no es menos cierto el hecho de que exigió esfuerzos para enfrentarlas que re-posicionaron el rol de los Estados y de la inversión pública. La inversión pública (que algunos insisten en llamar gasto) creció en los países de América Latina y el Caribe en niveles que oscilaron entre el 1,5 y el 7% del PIB. Ya sea que se hayan destinado a mitigar el impacto de la pandemia con transferencias de dinero a los más pobres o para dar apoyo al sistema productivo, hay algo que no puede negarse: de no haber intervenido los Estados los resultados de la crisis hubieran sido peores.

Esto nos obliga a pensar el rol del Estado y la necesidad de su intervención. En primer término esto debemos pensarlo desde el lugar del gasto, o mejor acostumbrarnos a decirlo, desde la inversión pública. ¿Dónde debe invertir el Estado? ¿En servicios de deuda pública o



en garantizar un ingreso a quienes perdieron su empleo y necesitan procurarse algo tan básico como alimentos? Frente a la idea trillada y remanida que la elites neoliberales han pregonado acerca del Estado como barrera al desarrollo de las fuerzas económicas ¿qué pasa cuando es el Estado y no el mercado es el que sale en auxilio de los sectores productivos? Hay que decirlo, comparativamente las inversiones estatales para enfrentar la pandemia han sido tímidas en nuestra región comparadas con las realizadas por las naciones más desarrolladas. Pero del mismo modo, hay que señalar que esto debe profundizarse, que hay que avanzar en esa línea.

Sobre todo cuando la luz al final del túnel de esta pandemia está representada por la compra y distribución de vacunas. Este rol ha estado a cargo de los Estados en todos los países y no de negociaciones entre privados. También ha sido mayoritariamente función de los Estados la investigación acumulada en ciencia y tecnología, lo que ha posibilitado el desarrollo de vacunas en tiempo récord, aunque este conocimiento haya sido capitalizado por privados en muchos casos. En todo caso, Cuba es el mejor ejemplo que evidencia la importancia de un Estado que pone a la salud en primer lugar, lo que convertirá a esta pequeña gran nación del Caribe en el primer país de la región en contar con una vacuna de desarrollo propio.

En ese sentido, reconocer el rol del Estado en la compra y distribución de vacunas, en la promoción de la investigación y desarrollo científico, o en la producción misma de las vacunas, como sucede en el caso cubano, nos muestra un camino a seguir urgente y necesario. Pero también hay que señalar el escandaloso error de dejar librada la producción y distribución de vacunas e insumos médicos necesarios para garantizar la vida en un régimen mercantil y privatista como el de las patentes y los derechos de propiedad intelectual.

No debe existir propiedad privada sobre el conocimiento. Si los investigadores e innovadores de hoy pueden aportar algo nuevo en materia de ciencia y tecnología es gracias al conocimiento humano acumulado durante siglos y, como se ha mencionado, a las millonarias inversiones públicas en la materia. Debemos reclamar el fin del régimen de patentes impulsado desde la OMC y el APIC. No podemos permitir que los países de ingresos altos, con tan sólo el 16% de la población mundial, acumulen el 60% de las dosis de vacunas contra el COVID-19. El virus no reconoce entre ricos y pobres. Si no se garantiza a la población mundial el acceso a las vacunas difícilmente podremos terminar con esta pandemia.

Durante décadas el liberalismo ha alentado la desregulación, la privatización, la baja de impuestos y ha permitido el enriquecimiento ilimitado sin tributación y la fuga de capitales. Hoy, ante la desigualdad social sin precedentes que enfrentamos y ante la existencia de capitales ociosos y patrimonios suntuarios que no se vuelcan a la economía real, se impone un nuevo orden tributario. Volver a la idea de tributar según la capacidad y de acuerdo al patrimonio acumulado es un primer paso en la búsqueda de la justicia fiscal y tributaria.

Numerosas naciones han impulsado reformas impositivas progresivas, con nuevos impuestos sobre los más ricos. Incluso el presidente de los Estados Unidos, a quien nadie puede acusar de populista, ha señalado la necesidad de aplicar impuestos a las mayores fortunas y a las grandes compañías. Donde se ha buscado insistir en lo contrario y aumentar las



cargas impositivas sobre los más pobres y las clases medias, como en Colombia, el pueblo ha sabido decir basta. Es hora de combatir la pobreza, la desigualdad y la recesión económica con algo más que indignación. Necesitamos reformas impositivas y nuevos tributos sobre los patrimonios y las rentas extraordinarias de quienes más tienen, para dotar de recursos a los Estados. Solo así podrán ponerse en marcha nuestras economías y combatirse la desigualdad y la pobreza que hoy nos desgarran.

El emergente joven y un nuevo rol para el sindicalismo

América Latina y el Caribe es una región en estado de ebullición. La señal de un cambio de paradigma no opera sólo en el plano económico, donde aun los gobiernos de derecha se ven en la necesidad de recurrir al Estado y al llamado gasto público como herramientas de intervención. El cambio lo protagonizan millones de jóvenes que están haciendo temblar los cimientos de nuestras sociedades.

En octubre de 2019 estallaron Ecuador primero y más tarde Chile. Hoy vemos con espasmo la violenta repuesta con la cual la derecha en el gobierno intenta sofocar la revuelta en Colombia. "No son treinta pesos, son treinta años", decían los y las jóvenes chilenos que se movilizaron contra el aumento del metro primero y en seguida entendieron que su lucha era contra el orden neoliberal impuesto por la dictadura de Pinochet. Hoy Chile celebra haber conseguido un proceso constituyente y haber elegido para ello a representantes fundamentalmente jóvenes.

No es nuevo que sean los jóvenes el motor de los cambios. Las nuevas generaciones no aceptan el mundo que les dejamos. Un mundo escaso de oportunidades, con falta de empleo y empleo precario, tercerizado y mal pago. Las organizaciones sindicales tenemos un rol muy importante frente a ello. Debemos recuperar protagonismo y sólo podremos hacerlo si somos capaces de interpelar a incluir a esa juventud que pide su lugar. Tenemos que ser capaces de reconocer como pares a los trabajadores precarios y tercerizados en nuestras organizaciones, a la par de los trabajadores bajo convenio. Y si la formalidad que nos regula o nuestros propios estatutos no nos permiten asumir ese rol, debemos encarar el proceso de auto-reforma necesario.

El movimiento sindical no puede ser ajeno a las demandas de nuestras juventudes. Del mismo modo que no puede serlo ante las luchas que en los márgenes de nuestras sociedades y nuestros territorios emergen contra los modelos de mal desarrollo, que nos empujan hacia mayores niveles de activismo y devastación ambiental.

Por eso es que las organizaciones sindicales deben sumarse, integrarse, hacer su aporte, en todos aquellos espacios del campo popular que están naciendo al calor de estas luchas y que tienen como protagonistas no sólo a los jóvenes, a las mujeres y las y los trabajadores, sino también por ejemplo a los pueblos originarios. En ese marco, las experiencias como el foro "Runasur", cuyo objetivo es articular una América Plurinacional en coordinación con todos los movimientos sociales de nuestra Región. O aquellas iniciativas gremiales, que buscan unir las



luchas de las y los empleados de un mismo sector pero en distintos países, como por ejemplo la experiencia de los judiciales del Cono Sur.

_____A 50 años de esa obra monumental que el gran Eduardo Galeano tituló "Las venas abiertas de América Latina", ha llegado la hora de dejar de sangrar. Demos el salto adelante y hagamos del sindicalismo un actor protagónico de los tiempos que vienen. Viva la clase trabajadora. Viva la CLATE.

Teleconferencia, 27 y 28 de mayo de 2021

